

con la mayor precipitación. El 21 al quebrar el día estaba ya la división de Vedel en la Carolina, y continuó hasta Santa Elena á pesar del gran calor.

A las pocas horas de ponerse en marcha la columna llegó la noticia á Bailén, no se sabe precisamente si al campo de Reding ó al de Peña, y al punto prorrumpieron los españoles en gritos de cólera diciendo que los franceses habían quebrantado la tregua: acusación de todo punto infundada, puesto que estando la división de Vedel fuera del alcance del enemigo, nada le impedía moverse, y tampoco los españoles por su parte se habían condenado á una completa inacción, cuando estaban maniobrando hacia treinta y seis horas en torno de la división de Barbou para aislarla más completamente. Esta era la verdadera infracción de la tregua, y sin embargo los franceses no se habían quejado ni vengado, por no tener medios de hacer respetar su infortunio. Pero para aquellos hombres enfurecidos, que sólo habían vencido por casualidad, no había ni razones ni instintos de justicia: todos clamaban por el completo exterminio de la división de Barbou, sin pensar que seis mil franceses exasperados sobaban para atropellarlos con sólo salir de su momentáneo abatimiento en un acto de noble desesperación. Casi es de sentir que no hubiesen en aquella sazón llevado su barbarie más adelante, porque indudablemente habrían provocado esa desesperación heroica que podía ser nuestra salvación, reanimando los corazones. Llevada velozmente á Andújar por muchos oficiales la noticia de la fuga de las divisiones de Vedel y Dufour y de la exasperación en que estaba el ejército español, constituyéndose los negociadores de esta parte en órganos del furor de un innoble populacho armado, declararon que la división de Barbou tendría que sufrir el más terrible escarmiento, si al punto no se restituían las de Vedel y Dufour á su primera posición. Fácil era la respuesta, porque ¿qué más podía intentarse contra la división de Barbou que hacerla prisionera? ¿Pretendían por ventura degollarla? Si así era, debía contestarse á los que semejante infamia proponían como se contesta á los asesinos. Pero por desgracia no estaba allí el héroe de Génova, el inflexible Massena: acudieron al desgraciado Dupont, le sitiaron á instancias, echáronle en cara que iba á ser causa de que su fiel división de Barbou, que tan bravamente se había batido á su lado, pereciese asesinada por salvar á dos divisiones que eran la verdadera causa de la pérdida del ejército, lo cual en verdad era cierto, y tanto le dijeron, que al fin cedió y despachó al general Vedel una contraorden expresa.

Al recibirse ésta, la división de Vedel estuvo á punto de insurreccionarse queriendo irremisiblemente seguir su marcha á Madrid. Hubo que enviarle nuevamente otro oficial haciendo responsable á Vedel de todas las consecuencias de su obstinación: reunió éste entonces á sus oficiales, les expuso su situación, alegó el peligro en que iban á poner á sus conmlitones y los redujo á entregarse. La tropa, menos dócil que sus jefes, no quería en manera alguna acceder á semejante proposición, y es de presumir que casi toda la fuerza se hubiera desbandado y puesto en cobro en otro país en que corriese menos riesgo de ser asesinados aisladamente los que la componían. Pero en España era forzoso ir acompañados y obrar de mancomún. Sometiéronse, pues, los

soldados y regresaron todos de Santa Elena á la Carolina y de la Carolina á Guarrmán, resignados á compartir la mala suerte de la división de Barbou.

Finalmente el 22 recibió en Bailén el general Dupont la funesta capitulación redactada en Andújar. Mucho tiempo estuvo dudando si la firmaría ó no: el infeliz se golpeaba la frente, tomaba la pluma y la arrojaba; últimamente, acosado por aquellos hombres tan arrojados en la pelea y tan débiles ahora, escribió su nombre antes tan glorioso al pie de aquel convenio destinado á ser el torcedor constante de su vida. ¡Si al menos hubiera perecido en Albeck, en Halle, en Friedland, ó hasta en ese mismo campo de Bailén!.. ¡Cuánto le pesó después que no hubiese sucedido, al verse delante de los jueces que contra él fulminaron castigo de infamia!

Tuvieron los españoles al hambre por cómplice en aquella cruel negociación. En todo el tiempo que estuvo la división de Barbou bloqueada, no quisieron darle un miserable pedazo de pan, de modo que nuestros infelices soldados no habían probado el rancho desde la noche del 18. Habían ido sosteniéndose unos cuantos con algunos restos de la última ración, y el 22 eran muchos los que no habían comido un solo bocado en tres días. Estaban tendidos bajo los olivos, muertos de hambre, jadeando, sin una gota de agua para aplacar su rabiosa sed.

Firmada la capitulación, consintió Castaños que se les suministrasen víveres. Bien podía mostrarse humano, porque el triunfo que acababa de depararle la fortuna exigía que fuese generoso como lo es todo el que siente su corazón satisfecho. Supo ser digno de los laureles que le había ceñido la casualidad más bien que su valor y su genio, conduciéndose con verdadera humanidad, con singular modestia y con actos de notable prudencia. Con noble y honrosa franqueza dijo á nuestros oficiales estas palabras: «Ni Cuesta, ni Blake, ni yo aprobábamos el levantamiento; hemos cedido al impulso nacional; pero es este impulso tan unánime, que ya no parece tan imposible el triunfo. Mal hará Napoleón en no desistir de una conquista tan ardua, obligándonos á entregarnos en brazos de los ingleses que nos son odiosos y cuyo auxilio hemos rehusado hasta ahora. Que nos vuelva nuestro rey con condiciones que nos sean razonables, y quedarán para siempre reconciliadas las dos naciones.»

Al día siguiente desfilaron nuestros soldados por delante del ejército español, con el corazón traspasado de dolor. Eran todos muy mancebos para poder comparar con su actual abatimiento sus pasados triunfos; pero entre sus oficiales había algunos por delante de los cuales desfilaron años atrás los austriacos de Melas y de Mack y los prusianos de Hohenlohe y de Blücher, y los devoraba la vergüenza. Las divisiones de Vedel y de Dufour no entregaron sus armas, si bien habían de hacerlo más tarde, y sólo sufrió esta humillación la de Barbou, apesarada de no haberse dejado matar toda entera (1).

(1) «Al día siguiente (de firmarse la capitulación), dice el conde de Toreno, desfiló (en Andújar) la fuerza que estaba á las órdenes inmediatas del general Dupont por delante de la reserva y tercera división españolas, á cuyo frente se hallaban los generales Castaños y don Manuel de la Peña... Componíase la primera fuerza francesa de ocho mil doscientos cuarenta y ocho hombres, la cual

Encamináronse inmediatamente las tropas francesas en dos columnas con dirección á Sanlúcar y Rota, donde debían embarcarse para Francia en buques españoles, y se cuidó de que no pasasen por las capitales de Córdoba y Sevilla para librarlas del furor del populacho; lleváronlas por los pueblos de Bujalance, Écija, Carmona, Alcalá, Utrera y Lebrija. La conducta de los habitantes fué bárbara en todos ellos: hombres, mujeres y niños, todos perseguían á pedradas y hasta á navajadas á aquellos desgraciados franceses cuyo delito era haberse portado como valientes, haber lidiado sin crueldad y haber sufrido sin vengarse las matanzas cometidas con sus heridos y enfermos. En Carmona y en Écija las mujeres les escupían y los niños les tiraban lodo é inmundicias; bramaban ellos de cólera, aunque desarmados, y más de una vez intentaron ejercer terribles represalias, empleando cuanto se les viniese á la mano contra sus enemigos; pero sus oficiales los contuvieron para precaver un degüello general. Se procuraba que hiciesen noche fuera de las ciudades y lugares, y juntarlos en campo raso como rebaños para librarlos de tratamientos aún más crueles. En Lebrija y demás pueblos cercanos á la costa fueron detenidos, y se les obligó á permanecer so pretexto de no estar todavía prontos los buques españoles; mas presto supieron la verdadera causa del retraso. Era que la junta de Sevilla, dominada por las pasiones demagógicas más abyectas, se había negado á reconocer la capitulación de Bailén, declarando que los franceses quedarían retenidos como prisioneros de guerra, bajo pretextos ilusorios y falsos hasta rayar en impudentes. Una de las razones que alegó la junta fué que no era todavía seguro que consintiesen los ingleses la travesía por mar, lo cual era falso, porque los ingleses, á pesar de su encarnizamiento, usaron con nuestros prisioneros una conmiseración generosa, y como se verá más adelante, dejaron poco después atravesar la mar á otras tropas que les hubiera interesado mucho detener. Dirigiéronse nuestros oficiales al capitán general don Tomás de Morla para protestar contra aquella inicua violación del derecho de gentes, pero sólo lograron respuestas indecentes, reducidas á que un ejército que había quebrantado todas las leyes divinas y humanas no tenía derecho para apelar á la justificación de la nación española (1).

rindió sus armas á cuatrocientas toesas del campo. El 24 trasladóse el mismo Castaños á Bailén, donde las divisiones de Vedel y Dufour, que constaban de nueve mil trescientos noventa y tres hombres abandonaron sus fusiles, colocándolos en pabellones sobre el frente de banderas. Además entregaron unos y otros las águilas, como también los caballos y la artillería, que contaba cuarenta piezas. De suerte que entre los que habían perecido en la batalla, los rendidos y los que después sucesivamente se rindieron en la Sierra y Mancha, pasaba el total del ejército enemigo de veintinueve mil hombres. El número de sus muertos ascendía á más de dos mil con gran número de heridos. Entre ellos perecieron el general Dupré y varios oficiales superiores... De los nuestros murieron doscientos cuarenta y tres, quedando heridos más de setecientos.» (N. del T.)

(1) Mucho atrevimiento es calificar de *indecentes* las contestaciones que dió don Tomás de Morla á las demandas de los jefes franceses, cuando aunque mal expresadas, sólo contenían verdades por desgracia sobradamente obvias y de todos conocidas. No defendemos la conducta de Morla, en quien seguramente no había razón, y menos siendo militar antiguo, para quebrantar una capitulación libremente contratada por los generales españoles; pero disculpamos la del pueblo bajo, que no pudiendo enfreñar su

En Lebrija el pueblo enfurecido allanó durante la noche la prisión donde estaba encerrado uno de nuestros regimientos de dragones, y mató á setenta y cinco de éstos, entre ellos doce oficiales: probablemente los hubiera asesinado á todos á no estorbarlo el clero (2). Finalmente los generales que habían cometido el grave desacierto de separarse de sus tropas para viajar solos con sus bagajes, tuvieron que arrepentirse amargamente de haberse aislado, porque no bien llegaron al puerto de Santa María con sus bagajes exentos de registro, arrebatado el pueblo al ver aquellos furgones donde suponía estaban acumuladas todas las riquezas de Córdoba (3), se echó sobre ellos, los saqueó y los hizo pedazos. No fueron los últimos en participar del pillaje algunos dependientes de las autoridades españolas; sin embargo, en aquellos furgones en que iba todo el peculio de nuestros oficiales y generales y hasta el tesoro del ejército, no se encontraron más que un millón y doscientos mil reales escasos, según los mismos diarios españoles: á esto se reducía el ponderado saqueo de Córdoba. Los generales franceses corrieron riesgo de ser asesinados, y tuvieron que meterse en unas barcas para librarse de la cólera del populacho. Fueron llevados á Cádiz y permanecieron prisioneros hasta su embarco para Francia, donde les estaban reservados otros rigores no menos implacables.

Tal fué la famosa capitulación de Bailén, cuyo nombre ha resonado desde la infancia en nuestros oídos tantas veces como los de Austerlitz y Jena. En aquella época, los que siempre persiguen á los desgraciados, juzgando sin conocimiento y sin piedad aquel deplorable acaecimiento, imputaron el tremendo desastre sufrido por el ejército francés á la cobardía y á la codicia de salvar los furgones cargados con los despojos de Córdoba: no suele juzgar de otro modo la vileza de los cortesanos, siempre atrevida contra las víctimas que el poder le entrega. La verdad es que aunque se cometieron muchos yerros en la funesta campaña de Andalucía, no se faltó una sola vez siquiera al honor. El primer yerro fué el que cometió el mismo Napoleón, que después de haber suscitado con los sucesos de Bayona un furor popular inaudito, que hacía toda operación de guerra extremadamente peligrosa, se contentó con enviar ocho mil hombres á Valencia y doce mil á Córdo-

odio contra los causadores de una guerra sacrílega, comenzada del modo más pérfido, con excesos, robos, saqueos de templos y ciudades, bien podía en cierto modo imaginarse en su inevitable ignorancia, que no tenía que guardar pacto ni tratado con los que no habían respetado ninguno. Por lo demás, la falta de transporte y marinería no era un mero pretexto de nuestras autoridades para retener á los franceses en los pueblos de la costa, pues era cosa positiva y notoria. (N. del T.)

(2) No teníamos la menor noticia de este hecho, y bien podía el autor haber citado la fuente de donde lo tomaba. Sabíamos solamente que en Lebrija había habido pemicencias, con resultas de muertes y desgracias, por haberse descubierto en las mochilas de los soldados franceses más dinero que el que correspondía á su estado y situación, y no haber ellos accedido á un prudente registro que se les propuso. (N. del T.)

(3) Nótese que esta suposición no era enteramente infundada, porque al embarcarse allí el 14 de agosto un oficial francés para pasar la bahía, se le cayó de la maleta una patena y la copa de un cáliz. Si esto no fuera cierto, no lo hubieran referido los historiadores Toreno y Dunham, teniéndolo por indigno de sus severas y verdaderas aserciones, y Mr. Thiers que los ha consultado con detención no lo hubiera dejado pasar sin correctivo. (N. del T.)



ba, aparentando creer que eran suficientes. Pronto reconoció su error, y ya era tarde. Al yerro de Napoleón se agregó el del general Dupont y su lugarteniente el general Vedel: Dupont, al abandonar á Córdoba para estar más cerca de las estrechuras de Sierra Morena, debió por esta misma razón acercarse á ellas lo bastante para cerrarlas completamente, y por lo tanto situarse en Bailén, lo que hubiera imposibilitado toda separación para sus divisiones. Después de cometer el error de restablecerse en Andújar y no en Bailén, lo agravó con no seguir al general Vedel cuando le envió la vuelta de Bailén en la noche del 16, y con no haber levantado el campo el 17, una vez cometida esta segunda falta, en vez de levantarlo el 18; con haber empeñado parcial y sucesivamente y en línea paralela al enemigo, el día de la batalla de Bailén, las fuerzas de que estaba asistido, en vez de dar un ataque en masa y en columna cerrada sobre su izquierda (1); y por último con haber cedido al desaliento general en demasía después de los más honrosos esfuerzos de valor. El error del general Vedel fué trasladarse el 16 con toda su división á Andújar y dejar á Bailén desamparado (de lo que era muy mala disculpa la aprobación del general en jefe); pero principalmente el haber seguido al general Dufour á la Carolina, abandonando por segunda vez á Bailén, sin precaución alguna para defenderlo; y por último el no haber vuelto allí inmediatamente, una vez desengañado en la Carolina, perdiendo por el contrario todo el día 19 en vanas contemplaciones. Finalmente, el yerro de los generales que rodearon á Dupont fué haberle hostigado á firmar aquella capitulación, y haberse conducido, después de las proezas hechas en el campo de batalla, con la más culpable flojedad en la negociación general, cediendo á todas las amenazas de los generales españoles como si fuesen cobardes, cuando por el contrario eran de los más arrojados, lo cual era una prueba más de que el valor moral y el valor físico son dos cualidades muy diversas.

Así, pues, el grave error de Napoleón con respecto á la España, la mala elección de la posición militar que hizo el general Dupont, la morosidad excesiva con que procedió para cambiarla, la batalla dada fuera de sazón, los falsos movimientos del general Vedel y el desaliento de los soldados y generales fueron las causas del deplorable y cruel revés sufrido en Bailén. Cuanto se ha dicho de más es mera calumnia. Se ha repetido muchas veces que la principal causa de nuestros infortunios fué la interminable fila de los bagajes: ahora bien; suponiendo que fuese un general tan estúpido en sus cálculos que se resolviese á perder su honor, su carrera militar y el bastón de mariscal que se le tenía reservado, por una suma de francos muy inferior al premio que daba Napoleón á sus lugartenientes más pobremente recompensados, es bien claro que con ocho ó diez furgones tenía lo bastante para llevarse todos los supuestos tesoros de Córdoba en objetos de oro y plata; pero se tra-

(1) Sólo me atrevo á expresar este juicio en cuestiones tan especiales, por ser enteramente conforme al buen sentido y estribar además en autoridades tan irrefragables como Napoleón y Berthier. Efectivamente este juicio, por lo que concierne á las operaciones militares del general Dupont, es meramente la idea de Napoleón y de Berthier, sacada, en cuanto al primero, de las preguntas que mandó al fiscal hiciese á los procesados, y en cuanto al segundo, del discurso que pronunció en la causa. (N. del A.)

taba de muchos centenares de carros, cuyo número excesivo tenía por causa evidente la situación moral del país, en el cual no era posible dejar rezagado un solo hombre, herido ó enfermo. Por último, aquellos furgones tan decantados fueron saqueados, según acaba de verse, y escasamente se hallaron en ellos contando con el tesoro del ejército unos trescientos ó cuatrocientos mil francos. Todo lo que puede decirse en suma es que el general Dupont, tan entendido, tan capaz y tan arriscado en la pelea, había carecido de la indomable constancia de Massena en Génova y en Essling. Pero Dupont estaba enfermo, herido, descaecido por un terrible calor de cuarenta grados; sus soldados eran aún adolescentes y estaban extenuados con el hambre y las fatigas; tras unas desgracias habían sobrevenido otras, y si bien se profundiza todo aquel trágico acaecimiento, se verá que no fué el menos culpable el mismo emperador que había puesto en tan falsa posición á tantos hombres. Cumple añadir, no obstante, en favor de la moralidad militar, que en ciertas ocasiones extremas como aquella, la resolución de morir es la única digna, la única provechosa; porque ciertamente, á la llegada del general Vedel, con hacer esta resolución para abrirse paso por la división de Reding, hubieran podido juntarse las dos secciones del ejército francés y salir triunfantes de aquel trance conforme salieron humillados y prisioneros. Con haber sacrificado en el campo de batalla aquella cuarta parte de hombres que luego murieron en espantoso cautiverio, se hubiera trocado en triunfo el revés que más ruido produjo en aquella época extraordinaria (2).

(2) El juicio que aquí consigno sobre el acontecimiento de Bailén, movido de un puro amor á la verdad y especialmente de la repugnancia instintiva que siempre he tenido á la injusticia con los desgraciados está en oposición con todas las preocupaciones del tiempo del imperio; pero nadie que tenga un corazón recto podrá discrepar del juicio que yo he formado habiendo leído los preciosos documentos que he tenido á mi disposición. Son estos documentos de diversas especies, infinitamente curiosos y concluyentes. Hay en primer lugar muchos volúmenes de documentos relativos al suceso de Bailén en el depósito de la Guerra con las minutas de los interrogatorios dictados por Napoleón, que descubren la opinión que se había formado de las faltas militares cometidas en aquella campaña. Existen su correspondencia con el general Savary, que no es por cierto el documento menos importante; la correspondencia del general Dupont con sus lugartenientes, y por último la causa misma que se instruyó contra los generales Dupont, Marescot, Vedel, Chabert, etc. Quiso Napoleón al principio, cediendo al primer ímpetu de cólera, hacer fusilar á todos los autores de la capitulación; pero moderado después por las observaciones del siempre juicioso Cambaceres y por las propias inspiraciones de su corazón, que pasado el primer momento bastaban para apaciguarle, sometió á un tribunal de honor, compuesto de los grandes del imperio, el juicio sobre aquel asunto. Pronuncióse sentencia de degradación, y por un decreto imperial se mandó que se sacasen tres copias manuscritas de todo el proceso, y se depositasen, una en el senado, otra en el depósito de la Guerra y otra finalmente en el archivo del tribunal supremo imperial. Cuando después de la Restauración recobró el favor el general Dupont (época en que, según mi juicio, fué más culpable que en Bailén), consiguió una ordenanza real anulando el decreto imperial y mandando que se inutilizasen los tres ejemplares de la causa. Los dos del senado y del depósito de la Guerra fácil era encontrarlos y destruirlos; pero el tercero, que había sido destinado al tribunal supremo imperial, no se hallaba en su archivo por no haberse éste organizado formalmente. Estaba en poder de una de las grandes familias creadas por el imperio, y allí permaneció. Este precioso manuscrito, donde en mi concepto se encuentra todo completamente esclarecido, es el que contiene la justificación del general Dupont, al menos aquella justificación que puede hacerse con razón y justicia. Si el general

La noticia de este singular desastre, que se creía imposible en Madrid desde que se había visto al general Dupont asistido de un ejército de veinte mil hombres con los envíos sucesivos de las divisiones de Vedel y Gobert, cundió rápidamente, primero por las comunicaciones secretas de los españoles, además por las relaciones de varios oficiales prófugos que de puesto en puesto habían llegado á la Mancha, y finalmente por la llegada del mismo Mr. de Villoutreys encargado de llevar á Napoleón el convenio de Bailén. Los portmenores de aquel revés llenaron de consternación á todos los franceses y á sus parciales, al paso que los españoles no cabían en sí de engreídos y satisfechos; y con razón, porque si bien no desplegaron grande habilidad y arrojo en aquella circunstancia, aunque se portaron con valentía, no opuso su patriótica insurrección tantos y tan insuperables obstáculos que sólo ellos habían bastado para rendir al general Dupont. Desaparecían de la escena los veinte mil hombres destinados á la conquista de Andalucía y á replegarse en caso de frustrarse aquella sobre la Mancha para defender á Madrid, y la situación se hacía dificultosísima. Era evidente que los sublevados de Valencia, Cartagena y Murcia, allegándose los de Granada y Sevilla embriagados con su imprevista victoria y llevando en pos á los de Extremadura y la Mancha, que aún no habían osado presentarse, iban á ponerse en breve sobre Madrid. Aunque se exagerase mucho el número de los que había regimentados con la tropa de línea, y sólo fuesen verdaderamente numerosas las partidas sueltas de gente allegadiza que escaramuceando en guerrillas cubrían el país deteniendo los convoyes, degollando á los heridos y enfermos y haciendo más daño á España que los mismos ejércitos franceses, sin embargo el general Castaños podía ir allí con las tropas de Valencia, Murcia, Cartagena, Granada, Sevilla y Badajoz, esto es, al frente de sesenta ó setenta mil hombres muy animados con el suceso de Bailén, en cuyo caso no había para hacerle frente más que las divisiones de Musnier, Morlot, Frere, la brigada de Rey y la guardia imperial. De todos estos cuerpos, no contando heridos y enfermos, hubieran debido sacarse unos treinta mil hombres útiles, pero atendido el estado de su sanidad sólo daban de sí unos veinte ó veinticinco mil. No obstante, con un general resuelto como Murat, aunque no con José, hubieran podido batir á sesenta mil españoles y repeler á los vencedores de Bailén hacia la Mancha ó la Andalucía si llegaban á presentarse

Dupont hubiera logrado destruirlo, hubiera desvanecido los elementos de su vindicación ante la posteridad; prueba evidente de que es preciso fiarse siempre en la verdad y dejarla obrar naturalmente. Por lo demás, el que lea en dicho proceso el juicio formado por el príncipe Berthier, pues cada uno de los grandes del imperio consignó el suyo, verá en él además de una rara superioridad intelectual y de sentimientos de humanidad honrosos, de que no participaron los demás personajes, especialmente los del orden civil, un juicio muy semejante al que hemos emitido. Debo añadir que el mismo Napoleón, más justo en lo sucesivo, repetía continuamente «que Dupont había sido más desgraciado que culpable.» Empezaba Napoleón á saber lo que era el infortunio, y con su corazón grande y su no menor inteligencia conocía ya mejor hasta qué punto pueden servir de disculpa las circunstancias al juzgar á los hombres. Ultimamente, no habiendo tenido roce en mi vida con ninguno de los actores que en esta narración figuran ni con sus familias, puedo gloriarme de proceder con la más severa imparcialidad. (N. del A.)

delante de Madrid. Verdad es que quedaba la espalda entregada á una capital grande que era preciso guardar y reprimir; pero bien se podía (como lo expresó después Napoleón) atraer sobre ella un refuerzo considerable y suficiente para imponer respeto á los enemigos de dentro y fuera. El mariscal Bessieres, después de la victoria de Ríoseco, marchó sobre Galicia y se disponía á internarse en aquella provincia. Había que llamarle á Burgos reduciendo su cometido á proteger el camino de Madrid á Bayona. Podía entonces volverse á quitar la brigada de Lefebvre destacada momentáneamente de la división de Morlot antes de recibirse la noticia de la victoria de Ríoseco, la división de Moutón compuesta de regimientos veteranos, el 26 de cazadores recientemente llegado, el 51 y el 43 de línea próximos ya á Bayona (y que formaban parte de los doce regimientos veteranos llamados á España), con lo que se habría juntado un refuerzo de unos diez mil hombres de tropas excelentes y capaces de batirse contra todos los ejércitos de España. Con las tropas de marcha y las columnas movibles situadas en Vitoria, Burgos y Aranda habría llegado á reunirse el mariscal Bessieres cerca de catorce ó quince mil hombres. Por último, los regimientos 14 y 44 de línea, que formaban parte también de los regimientos veteranos llamados á España, habían engrosado el cuerpo del general Verdier sobre Zaragoza, haciéndole ascender á diez y siete mil hombres. Estos dos regimientos podían en rigor destacarse y encaminarse á Madrid, ya se efectuase ó se aplazase hasta más adelante la nueva embestida dispuesta contra Zaragoza, y cuyo éxito se anunciaba todos los días como probable y cercano. En caso de tomarse Zaragoza, su fuerza material iría acompañada y realzada por un grande efecto moral; en el caso contrario, aquella rendición quedaba sólo aplazada. Pero Madrid estaba al abrigo de toda tentativa, y cualquiera que fuese el enemigo que se aproximase sería repelido á gran distancia. En España al fin y al cabo quedaban aún cerca de ochenta mil franceses con los treinta mil hombres que podían reunirse en Madrid, los catorce mil que podían quedar con el mariscal Bessieres, los diez y siete mil del general Verdier, los once mil del general Duhesme en Cataluña, y los siete mil del general Reille, y ciertamente se podía hacer frente á los españoles con fuerzas semejantes, sin contar que á cada instante aparecían en Bayona nuevos refuerzos dispuestos por Napoleón. Pero lo que hacía falta, volvemos á repetirlo, era un príncipe militar y no un príncipe afable, juicioso, instruido y poco guerrero, aun cuando en ciertos momentos críticos se acordase de que era hermano de Napoleón (1).

(1) No son estas observaciones hijas únicamente de mi discurso; siempre en verdad había yo creído, al reflexionar sobre estos sucesos, que aun después del desastre de Bailén debían haber quedado fuerzas suficientes para seguir ocupando á Madrid; pero una nota que he hallado últimamente del emperador, firmada en Burdeos el 2 de agosto, me ha confirmado en mi opinión, y de esta nota saco los cálculos que acabo de presentar, así como la indicación de las concentraciones que podían haberse verificado. Lo único que he hecho ha sido reducir algunas cantidades exageradas relativamente á la fuerza de los cuerpos que quedaban en España. Queriendo Napoleón comprometer á su hermano á mantenerse firme, pintaba naturalmente la situación con colores algo lisonjeros y entre las cantidades dudosas prefería siempre las más altas. Así es que aunque contase más de ochenta mil hombres en España



No había, pues, motivo para desesperar, puesto que trayendo al mariscal Bessieres de Galicia y Castilla la Vieja, reduciendo su encargo á vigilar la carretera de Madrid y allegándose parte de las fuerzas de que estaba asistido, una parte de las tropas que asediaban á Zaragoza y por último las que acababan de atravesar por Bayona, bien se podía defender á Madrid y batir á los sublevados que osasen presentarse bajo sus muros. Pero el malhadado rey de España no tenía el temple de alma de su hermano: el júbilo de los españoles que le eran hostiles, y éstos eran los más, el abatimiento de los que se habían adherido á su causa, el atolondramiento de sus ministros, la poca firmeza de los generales franceses que le rodeaban, el embarazo de verse en medio de una ciudad que le era desconocida; todo contribuyó á anadar su espíritu y á hacerle tomar la desastrosa resolución de abandonar su nueva capital diez días después de haber entrado en ella. Hubiera debido arrostrarlo todo antes que resolverse á dejar á Madrid, porque sólo el efecto moral de este paso era incalculable. Mientras allí hubiese permanecido, hubieran podido considerarse los acontecimientos de la guerra como meras vicisitudes y alternativas de reveses y triunfos: la jornada de Ríoseco compensaba el desastre de Bailén, aunque mayor éste que aquél; la toma justamente esperada de Zaragoza podía oponerse en breve á la resistencia de Valencia; Madrid siempre ocupado por nuestras tropas hubiera acabado de demostrar la superioridad de los franceses en la península. La insurrección hubiera podido desconfiar todavía de sí misma, y los ingleses, menos presuntuosos con su poderío, no hubieran hecho tantos esfuerzos para darle pábulo. Pero una vez evacuado Madrid, la nueva dinastía parecía confesar paladina y oficialmente su incapacidad de conservar con la fuerza el reino que decía haberle sido entregado por la Providencia. La Providencia sabe mantener lo que quiere, sin dejarlo nunca arruinar. Así, pues, desde aquel momento íbamos á ver á la España entera contra nosotros levantada en armas, y suceder á la ignominia privada que había caído en Bailén sobre unos cuantos generales, una confusión cruel para Napoleón: la confusión de su política, consecuencia de la evacuación total, ó poco menos, de la península.

Continuaba todavía en Madrid el general Savary, á pesar de que José, que no gustaba de su persona ni de su modo de pensar y conducirse, había hecho todo lo posible por quitársela de encima. En Savary estaba personificado el sistema de las ejecuciones militares, del buen mantenimiento del ejército francés por mucho que costase al país enemigo, de la sumisión absoluta á los deseos de Napoleón y de la indiferencia para los deseos de José, siempre que no eran absolutamente conformes con las órdenes emanadas del estado mayor imperial. José, que quería popularizarse en España y que era por lo tanto muy propenso á sacrificar el interés del ejército al de los españoles, miraba con aversión profunda al general Savary y todo cuanto le representaba: había pedido á Napoleón que le enviase al mariscal Jourdan, á cuyos servicios se había acostumbrado en Nápoles, y que era hombre recto, prudente, pacífico, no tan activo que pudiese jamás chocar con la molición de su sobera-

después de la pérdida de los veinte mil de Dupont, tales habían sido los estragos de las enfermedades y de la guerra que apenas quedaba ese número.

(N. del A.)

no, y asaz poco dispuesto á prosternarse ante Napoleón, á quien comprendía apenas y amaba menos. Deseoso José de ver á su lado al mariscal Jourdan y al general Savary á cien leguas de su persona, le dió á entender que haría bien en marcharse; y Savary, indócil como siempre con todos menos con Napoleón, le respondió que le sería muy grato dejarle así que se lo consintiese el emperador su único amo. Esperando el permiso continuaba en Madrid consignando diariamente en su correspondencia con Napoleón un retrato notablemente afeado de los hombres y de las cosas. Holgóse mucho José, después del desastre de Bailén, de tener en su corte al general Savary para que compartiese la responsabilidad de las graves resoluciones que había que tomar, y entonces le consultó con mucha más deferencia que de costumbre. El general Savary, que á pesar de no ser débil veía cuán incapaz era ese infeliz monarca de sostenerse en Madrid con veinte mil hombres, creyó más prudente dejarle que se marchase, y aun le aconsejó que lo verificase cuanto antes. «¿Qué dirá el emperador?» le preguntó, sin embargo, José con inquietud. «El emperador se enojará, le respondió el general Savary; pero bien sabe V. M. que sus iras hacen mucho ruido y no matan. Él seguramente aquí se quedaría, pero no todo lo que él puede hacer se ha de exigir de los demás. Basta un desastre como el de Bailén; no nos expongamos al segundo. Cuando V. M. se halle en el Ebro, con sus fuerzas bien reconcentradas y establecidas, y en disposición de tomar la ofensiva, el emperador adoptará el partido que guste y enviará los auxilios necesarios.»

No se hizo repetir el rey José el consejo que le daba el general Savary, y dió inmediatamente órdenes para salir de Madrid. Pero había en la capital de España más de tres mil enfermos y heridos é infinitos pertrechos de guerra acumulados en el Buen Retiro, que se estaba convirtiendo en plaza de armas. Se necesitaba, pues, mucho tiempo y trabajo para desalojar tantos hombres y tantos objetos; pero se empezó á hacer desde luego. Desgraciadamente la mala fe de los habitantes aumentaba las dificultades de la operación: el rumor de la retirada de los franceses cundió rápidamente al advertirse sus preparativos, y llenos de júbilo los españoles y resueltos además á emplear todos sus medios para que la retirada fuese desastrosa, juntaron sus carros, carruajes y transportes de toda especie, los amontonaron y pegaron fuego, prefiriendo perder estos objetos tan necesarios á verlos servir á los franceses, y de este modo la traslación de nuestros heridos y enfermos y de nuestras oficinas fué mucho más embarazosa y ocupó una porción de días, retrasando la salida de las tropas.

Con la sola noticia de una resolución semejante enmudecieron todos los que se habían momentáneamente adherido al partido francés. Dos ministros de José, Piñuela y Ceballos, se retiraron sin desplegar sus labios: el último especialmente, convertido después en folletista furibundo contra la Francia, observó una conducta digna del resto de su vida. Adulador abyecto largo tiempo del príncipe de la Paz, después su enemigo encarnizado, servidor solícito de Fernando VII durante sus dos meses de reinado, y por último ministro de José, á quien no debiera haber servido jamás, huyó vergonzosamente á la noticia del desastre de Bailén sin decir una palabra á los franceses, á quienes abandonaba, pero protestando

ante los españoles, á cuyo partido se adhería, que si había consentido en ser ministro del rey intruso era sólo para obtener el permiso de regresar á España y tener ocasión de volver á una causa cuyo triunfo había siempre previsto y deseado (1). El anciano Azanza, Ofarill y Urquijo se condujeron como hombres formales que habían sabido lo que se hacían al abrazar la dinastía francesa, y en vez de abandonar á José le acompañaron, lleno el corazón de pena. Caballero, á quien sus connaturales han tratado con insultante desprecio, aunque lo mereció mucho menos que Ceballos, eligió la corte de José como refugio. Entre los grandes, el príncipe de Castel-Franco, después de haber arrojado con valor la tormenta, cobró miedo en el último trance, y habiendo prometido partir no lo hizo (2). Ninguno de los que acompañaron á José consiguió llevar un solo criado español: todos los de condición humilde permanecieron en Madrid. Había cerca de dos mil individuos empleados en los palacios y caballerizas reales de resultados del crecido número de caballos soberbios que acostumbraban á tener los reyes de España, y todos desaparecieron en una sola noche de miedo de ser llevados, de modo que José apenas tuvo quien le sirviese en su retirada.

Salió de Madrid el 2 de agosto (3) para Chamartín sin ser ofendido con el menor insulto, porque ya su persona se había granjeado cierto respeto. Grande alegría causó la salida de las tropas francesas, y era natural; pero nadie se atrevió á zaherirlas, porque aún era temida su presencia, y porque á pesar de la jactancia legítima que inspiraba el triunfo, se presentaba vagamente su vuelta. Desde esta retirada quedó José sin un solo partidario en España, entre el pueblo, porque nunca le había temido, y entre las clases alta y media porque después de vacilar un instante por temor á la Francia y por la esperanza de las mejoras que de ella podían prometerse, no podían ya dudar, una vez que la Francia misma se confesaba como vencida al desamparar á Madrid.

Retrocedió el ejército pausadamente por la carretera de Buitrago, Somosierra, Aranda y Burgos. Sufrió numerosas pruebas de crueldad en el camino, y no pudiendo

(1) Muy maltratado sale siempre don Pedro Ceballos de las manos de Mr. Thiers; sin embargo, las inculpaciones que le dirige son exageradas, y el retrato de sus cualidades morales notablemente desfavorecido. Raya en calumniosa la suposición de que hubiese sido adulator abyecto del príncipe de la Paz; fué en verdad su hechura, pero era hombre honrado, aunque tímido, cortésano y obsequioso. Al admitir del rey José el ministerio obró forzado, y siempre le creyeron los que con intimidad le trataban dispuesto á abandonar la causa del usurpador por la de la patria.

(N. del T.)

(2) Es natural que Mr. Thiers califique de noble y leal la conducta de los que al rey José acompañaron, y le parezca digna de censura la de los que permanecieron unidos á la causa nacional. Unos y otros se afeaban entonces mismo recíprocamente su conducta, y lo cierto es que en la de ambos partidos cabía disculpa, si bien era más digna y gloriosa la resolución de unir su fortuna á la de la patria.

(N. del T.)

(3) El rey José salió de Madrid el 30 de julio, cerrando la retaguardia en la noche del 31 el mariscal Moncey. El día 1.º de agosto acudió el vecindario alborozado á los puntos que habían estado ocupando las tropas enemigas, á los cuarteles, á los jardines del Retiro y á la Casa de la China, donde todos se daban mutuos parabienes mirando las baterías abandonadas, clavados los cañones, y gran cantidad de municiones que nos dejaban los franceses en cambio de las ricas vajillas de que habían despojado los palacios y sitios reales.

(N. del T.)

reprimir su exasperación, y agregándose el hambre á la cólera, se vengó en repetidas ocasiones, causando destrozos y dejando en todas partes testimonios de su enojo, que hicieron subir de punto el que le tenían los naturales. Aterrado José con la idea de tan extremado encarnizamiento, procuraba, aunque en vano, evitar los excesos que se cometían en los pueblos de tránsito; pero sólo consiguió que su propio ejército se diese por ofendido, diciendo los soldados que más le cumplía interesarse por ellos, que le sostenían, que no por los españoles, que le repudiaban. Cuando las cosas salen mal, la desgracia se agrava con la desunión: los ministros de José no estaban muy acordes con los generales franceses, y menos aún la nueva corte de España con el ejército, que era su único apoyo. Los jefes estaban cabizbajos, los soldados coléricos y todos los pueblos de la travesía entregados al furor de la venganza.

Tanto fué creciendo el desaliento de José y de los que le rodeaban, que no se creyeron seguros ni en Burgos. Temblaban de tener á la espalda toda la tierra que se extiende entre Burgos y las Provincias Vascongadas, y juzgaron conveniente encaminarse á la línea del Ebro haciendo cuartel general á Miranda. Había llamado al general Bessieres á su derecha y querían atraer á Verdier á su izquierda, no importándoles inutilizar los esfuerzos que se habían empleado para tomar á Zaragoza y que iban á la sazón á producir feliz resultado. No se tuvieron por seguros hasta que pasaron el Ebro, reuniendo á los veinte mil hombres de Madrid los veintitantos mil del mariscal Bessieres, los diez y siete mil del general Verdier y todas las reservas de Bayona.

Después de tantos errores, todavía cometieron el de abandonar toda aquella tierra y todos los trabajos que sobre Zaragoza habían acumulado. Desde las últimas embestidas se habían aumentado considerablemente los pertrechos de toda especie para rendir á esta ciudad indómita, la cual estaba probando que las defensas del arte mejor combinadas valen menos que el brío de unos habitantes decididos á dejarse matar en sus hogares. Acababan de llegar dos regimientos veteranos, el 14, tan desgraciado y heroico en Eylau, y el 44, que se había distinguido en aquella misma batalla y en el asedio de Dantzig, haciendo subir á diez y seis ó diez y siete mil hombres el cuerpo de sitio. La artillería de grueso calibre necesaria para batir los conventos que flanqueaban el muro de recinto, se había transportado de Pamplona por el Ebro y el canal de Aragón. El ayudante de campo del emperador, Mr. Lacoste, coronel de ingenieros, había tomado hábilmente sus disposiciones para abrir en poco tiempo espaciosas brechas en las tapias y derribar los sólidos edificios que le servían de refuerzo.

Preparado todo, el día 4 de agosto por la mañana sesenta bocas de fuego, entre morteros, obuses y piezas de á diez y seis, rompieron el fuego contra la ciudad y contra el convento de Santa Engracia que ocupa el centro de la tapia de recinto en un ángulo saliente que forma hacia la mitad de su extensión. A ambos lados de este convento había dos puertas por las cuales se intentaba penetrar con objeto de ocupar velozmente por una calle de bastante anchura el *Coso*, que es una especie de baluarte interior que atraviesa la ciudad en toda su longitud, y tomado el cual quedaba en cierto modo sujeta toda Zaragoza. Logró la artillería francesa hacia medio-